

PEDRO-EMILIO COLL

Tema: “Los Líricos y Utopistas”.
28 de enero de 1934

Señor Director de la Academia Nacional de la Historia:

Señores Académicos:

De que admitís discípulos en vuestra cátedra de anales patrios, aun cuando a ella se llegue, como yo, con los cabellos canos, lo prueba, al igual que vuestra indulgencia, el encontrarme ahora entre vosotros, quienes sabíais, antes de honrarme con vuestra elección, que desaproveché los años mozos para ilustrar-me en las materias en que sois maestros. Así os declaré, y creedme que sin falsa modestia, que mis desordenadas e incorregibles aficiones literarias no son de las que preparan para esta suerte de severas disciplinas, desde aquella tarde en que súbita y cordialmente me sorprendisteis, y vuestro digno caballeroso Director con la amable tenacidad del buen tirano de Renán, invitándome a ocupar el sillón vacante por la muerte del inolvidable compatriota, señor José Eustaquio Machado.

Recuerdo que, en ese momento, me extasiaba, en el platónico jardín de vuestra Casa, con los maravillosos pinos, dorados por el sol poniente, que son uno de los más nobles ornatos de la Capital bolivariana, y justamente cuando me hallaba en posición de lírico contemplativo¹ y disculpad que me envanezca con ese desprestigiado calificativo, y en la grata compañía de fieles camaradas en letras, de aquellos que, sin pertenecer a la vuestra académica, por sus conocimientos la prolongan en sus tertulias al aire libre de patios y soportales.

En vano, con el resalto de mis deficiencias, me opuse a vuestro generoso impulso, y empeñada mi gratitud a todos y a cada uno de vosotros, traído por manos amigas y sin méritos para ello, heme por fin aquí temeroso en el primero de mis deberes que, extremando vuestra exquisita cortesía, me concedéis cumplirlo en una plática incoherente y no en la normal de un discurso articulado, como los que forman la antología de esta Academia, en la que sin duda echaréis siempre de menos la incansable información del finado y distinguido colega que, con incompetencia, vengo a reemplazar.

Cuando, en medio del llanto de sus familiares y de la pena de sus amigos, nuestro José Eustaquio Machado se despedía para la Eternidad de su hogar en duelo, la urna que conducía sus despojos, entre homenajes florales, cruzó frente a su gabinete de trabajo, como un postrer adiós a los libros, que en los oscuros anaqueles señalaban la estela de una vida laboriosa y a ellos consagrada. Y nos pareció verle inclinado en su sillón de estudio; y ni siquiera vencido por la asfixiante enfermedad, hojeando y comentando viejos infolios y novedosas crónicas, como antes activo y nervioso, en su asiento directivo de la Biblioteca Nacional. Porque nadie aventaja a este curioso de nuestra historia, que cultivó en páginas que no serán olvidadas, en el amor a la letra impresa y a la tinta de los manuscritos, a las

¹ *Lírico, a. Utopista, soñador, ideólogo. U. t. en la Argentina. LISANDRO ALVARADO, Glosarios del bajo español en Venezuela. Caracas, 1929.*

ediciones raras, cuyas cubiertas de antiguas pieles acariciaba con la voluptuosidad del entendido en goces intelectuales y en las fruiciones de la lectura. No quedaba ella empozada en su memoria, de envidiable y singular hospitalidad, sino que circulaba viva en su facundia y en las fértiles noticias de su producción escrita. Tipo de autodidacto, que nunca escaseó en Venezuela, y ha dado, al margen de aulas universitarias, claros y excelsos nombres a nuestra cultura y que, disciplinándose a sí mismos, podrían decir lo que el joven lorenés, de la novela barresiana, a un su condiscípulo ausente: Allá en París, vives con profesores de primer orden; nosotros en nuestra Provincia, estamos obligados a sustituirlos con libros que nos eduquen.

Como de cepa popular, gustaba Machado de la anécdota mordaz, de las biografías parladas en corrillos, de la picardía caraqueña, con la perspicacia que se agudiza, hasta lastimar las carnes, en las poblaciones poco numerosas, por el mutuo contacto diario y la proximidad de los miraderos y perspectivas ambientes. Desde luego era también admirador de lo insigne de nuestras gentes sabias, cantarinas o guerreras. Ni calle ni plaza había para él en nuestra ciudad avileña, sin amable o punzante recordación, ni pormenor oculto en los rincones del pasado que no lo sedujera. No fue de los que creen que al nacer descubrimos el mundo, porque tenía conciencia de que nuestros padres no ignoraban por completo lo que nosotros suponemos manifestación insólita o exclusiva de nuestra época, bien que ellos no conocieran los sorprendentes inventos del progreso moderno.

Su natural escepticismo cruzado por ráfagas de pasión, no le impedía reír ni tomar en serio lo que se lo merece. Y no desdeñaba el arpa llanera o aragüeña por deleitarse con la lira de Andrés Bello. En el verbo fulgurante de Cecilio Acosta y en el folklore democrático percibía parecidos acentos venezolanos. Y la guerra de las panaderías, de que el festivo poeta Reina narra los episodios, y él reprodujo para contento de nuestra generación, se le antojaba no muy diferente, salvo su tributo de fraterna sangre, de la de caudillos de nuestro siglo XIX, poco respetuosos del pan ajeno.

Sírvame su sombra benévola, junto con vuestra paciencia, de amparo en las divagaciones de esta peroración reglamentaria.

Nacimiento de la Mala Fama.

Cuando Felipe V reafirmó para el gobierno de la Provincia de Venezuela, el poder de los Gobernadores y Capitanes Generales, tuvo en cuenta, a fin de que "no se sintieran estimulados a fomentarlos con más libertad" las "quimeras" y el "caviloso ingenio de sus naturales"; como si bastara el querer para transformar radical y definitivamente la íntima psicología de un pueblo. Las "quimeras" habían de ser, no muchos años más tarde, la voluntad decidida de los patriotas venezolanos de poner término a las intenciones del rey Borbón y de sus sucesores en el Trono, desde la lejana Corte de donde se continuaba juzgándonos, como en remotas eras coloniales, de imaginación exaltada y de carácter insumiso, cuando no se nos tachaba de vergonzosas macras o infamantes paranoias, de las cuales, en todo caso por cierto, no estaban completamente exentos ejemplares más perfectos o refinados de la especie humana, sin exceptuar a nuestros antepasados peninsulares. No de otra manera, pues, a juicio de los monarcas españoles, por esos motivos y con erguida vara de mando, podíamos ser gobernados entonces.

Cabe aquí, acaso, intercalar la no muy original observación, pero que solemos descuidar en la práctica cotidiana, de que el concepto que nos formamos de los demás

determina, por lo común, nuestra conducta para con ellos, sin regularmente detenernos a reflexionar si nuestras estimativas son erróneas o penetran hasta el fondo de las existencias que pretendemos conocer en su totalidad moral. Limitados nuestros instrumentos de percepción, aún lo que consideramos superficial se presta a engaños, porque tampoco es nuevo el tópico, ni cuanto os diga, de que la superficie implica un volumen en qué sustentarse y del que es uno de sus lados o aspectos más o menos conocibles o visibles. Y esto no únicamente en geometría física sino en la más insondable del alma humana.

Por mi parte, no me rindo en absoluto a los que, alardeando de realistas prácticos o disfrazados de positivistas, confunden el horizonte con el límite de su visión personal, ni abrigo absoluta confianza en los gendarmes de la inteligencia que vigilan la zona prohibida a los llamados quiméricos y en la que, a veces, irrumpen con violencia, dando al traste con aquellos en lamentable confusión. En apremio de decidirnos entre dogmatismos inapelables o jacobinismos que se enfrentan con diversas carátulas, prefiero la perenne interrogación de mi dilecto Miguel de Montaigne, en sus Ensayos y su actitud conciliadora, y sin par ecuánime, de Alcalde de Burdeos, en medio de los enconos de católicos y hugonotes.

Responsabilidad, a mi entender extraordinaria, nos recae cuando nuestro raciocinio se aplica a un ámbito nacional, y que si es grande en el simple literato, lo es más en el historiador, el legislador, el estadista. En ellos, por la función directora que asumen en la sociedad, pues si su criterio predominante fuese deprimente, a la larga éste influiría en la colectividad dirigida, debilitando la general voluntad de conservación; a pesar de que es lo corriente que el instinto vital prevalezca sobre las deducciones del conocimiento abstracto o de preconceptos no plenamente confirmados.

A este respecto el filósofo alemán Max Scheler, que ha dedicado páginas de particular interés al estudio del héroe o conductor de multitudes, llega al extremo de afirmar que es teoría conservadora la de que "el hombre es malo" y cita como ejemplos a Federico el Grande y a Bismarck, quienes, añade, muy poca fe tuvieron en sus connacionales, y quienes al despreciar a las masas concluyeron por menospreciar a cada uno de los que las componen.

Desde luego el pesimismo conceptual embarga el pensamiento de algunos cuya experiencia suele ser sólo la memoria de lo que, en el transcurso de los días, lastimó ásperamente su sensibilidad, o es consecuencia de un romanticismo frustrado, que no hay que confundir con el idealismo resistente, creador de culturas, y en el orden superior del espíritu, a máximas aspiraciones no íntegramente realizadas, como en el caso trágico de nuestro Libertador.

Palabras de una desolación incomparable fueron las suyas cuando se aproximaba el crepúsculo de su obra y a la agonía de San Pedro Alejandrino, pero que debemos explicárnoslas ahora tanto por las circunstancias materiales y políticas que las llevaron a sus labios elocuentes y a su pluma portentosa, como por el desencanto que invade al Genio cuando al confrontar la obra soñada con su inmediata efectividad, por lo común imperfecta, con dolor profundo cree haber "arado en el mar". Aceptar lo que fue expresión de mortal angustia y de su abatimiento orgánico como un valor ético para siempre aplicable a nuestro porvenir, equivaldría a la negación del derecho a ser independientes y a la justificación de un destino fatal. No es en las horas de amargura infinita de Simón Bolívar, donde debemos alimentar nuestras energías, sino en las que dejó vigentes para el futuro, las de la plenitud de su corazón, las de lírico entusiasmo por la libertad, que nutren, desde entonces, la médula de la conciencia venezolana.

Por lo demás, ¿quién en modestos afanes, imposibles de comparar con las empresas sobrehumanas del Libertador, no ha sentido decaer su ánimo, en tránsitos de penas y desilusiones? Y mientras más puros y altos fueron nuestros anhelos y más delicado el sensorio, mayor el peligro de entregarnos rendidos a la desesperanza. Preciso es reconocerlo, esos dolores se mantienen en la atmósfera de nuestra literatura, sin excluir la histórica, cuando la onda nos sumerge y cuando no es una postura convencional o adquirida por la repetición de un criticismo acerbo, frecuente en las correspondencias, memorias, conversaciones y aun en voces públicas, que, por la elevación de su autoridad, no podrían pasar inadvertidas y sin trascendencia. ¿Cuál lamento más desgarrador que el de Juan Vicente González cuando, embriagándose con el filtro de su desesperación y mezclando el oro de su inteligencia y la hiel de sus pasiones, en una de sus *Mesenianas* nos convida a contemplar el sepulcro de la Patria?

Ante problemas semejantes de su España, el orgulloso castellano, venciendo su racial pesimismo, dirigía a los profetas de la catástrofe, a los agoreros de la decadencia de su país en derrota, esta dura imprecación: "El seguir siendo un pueblo es una carga que no se dimite y sin más ni más cuando se quiere". Es el inmisericorde dilema del enlutado melancólico de Elsinor. Ser o no ser...

Perdonad que con tan intempestivas divagaciones me aparte más de lo debido de mi principal propósito, que es el de referirme, siquiera sea brevemente, a "lirismos" de antaño, que si no los tergiversamos son potencias y promesas latentes de progresos constructivos.

En el Reino de la Fábula

En sueños, y permitidme igualmente una fuga imaginaria y no poco distante también de las severas disciplinas de esta asamblea de doctos; en sueños discurría por las afueras de la ciudad y conducido por la cartesiana loca de la casa, me hallé en uno de esos recónditos parajes del Ávila, predilectos de nuestros abuelos, en el que una amapola abría sus flores de pálido rosa, sin ostentación y como si ofrendase su belleza vernácula y solitaria a un cielo de inmaculado azul. Era allí como preludio virgiliano de una sinfonía de perfección.

Más lejos, entre los aromas campesinos del oscuro follaje, fraternizando con escritores y artistas, silenciosas sombras se apoyaban en la roca viva de la egregia montaña. Sus rostros, que la luz vespertina revestía de una majestad sublime, no me eran desconocidos. Los había visto en el famoso óleo de Martín Tovar, eternizados por su pincel, y que con los veloces jinetes y las infanterías en marcha del épico lienzo de la Batalla de Carabobo, en nuestro Salón Elíptico, equivalen en pintura, como signos de la hora intelectual, a lo que en las letras la grandilocuencia de Eduardo Blanco, en su Venezuela Heroica. Eran los grandes líricos de 1811, que vigilantes de sus esperanzas nos acusaban de olvidarlas.

De más distante, cual perfumes suspendidos en la levedad de la brisa, voces femeninas llegaban a mi oído y hacia ellas encaminé mis pasos indiscretos. Porque ¿quién evade el señuelo de las gracias, aun en estación más que otoñal? Eran las esposas, las madres, las hermanas, las amadas de aquellos insignes varones y quienes, en un improvisado jardín y en la tregua de sus hondas pesadumbres, dulcemente sonreídas atendían a las ocurrencias de una damita, como abejas aristofanescas que volaran de los pétalos de su boca. Era aquella doña Manuelita White, adorada de Antonio José de Sucre,

advierte el erudito historiador, una auténtica caraqueña, pese a su origen y apellido extranjeros y a mi vista, por su gentileza, no muy distinta a la de hoy, salvo sus bucles, su basquiña de seda y sus mejillas limpias del carmín de Doña Elvira, por el que andaba perdido, y lo confiesa en célebre soneto, nada menos que aquel magnífico Lupercio Leonardo de Argensola quien, cercana su muerte, fundó en Madrid, para el arte de bien hablar, una "Academia de Ociosos", mientras el primer Bolívar pisaba la Tierra Firme.

Leía a sus amigas la graciosa parlanchina cartas que a su buen padre Don Guillermo, a la sazón en Bogotá, dirigía y que éste pasaba a Don Simón y quien las conservó en su archivo, quizá como pintorescas y sabrosas crónicas de su Caracas natal, tal vez invariable en sus característicos rasgos fundamentales, en especial en su paisaje de soberbias serranías y deleitosos valles con que perpetuamente nos alecciona.

Sabemos por esta Madame de Sevigné criolla, que vivía en una casa azotada por el viento, en el antiguo y taciturno barrio de La Merced y que se divertía con una lapita muy mansa, que le mandaron de Cumaná y que andaba por habitaciones y corredores, con un loro y dos conejos muy lindos, escribe, y que de sus dolores de cabeza había mejorado con los baños y el sulú. Por ella también nos enteramos de cuan alegremente se bailaba entre nosotros, en vísperas de la tenebrosa "Cosiata" y del ocaso de la Colombia bolivariana. De una de las asistentes a un sarao del General Páez, reconoce la criticona que es bonita pero que no basta serlo si no se sabe vestir, presentarse y danzar. Frivolidades muy caraqueñas, pensarán los que no se paran a indagar si, como del ateniense se ha notado, con la supuesta frivolidad nuestra y sus avispas de ironía, no mitigamos, en lo posible, las durezas de crueles realidades. Así aquellas matronas y doncellas, que en torno a doña Manuelita amortiguaban, por un instante, sus pesares, al margen de la guerra y de las desdichas del terruño.

La locuaz informa que en las fiestas de Semana Santa en la Catedral, habían concurrido muchas mujeres con sayas de color y otras con una combinación peregrina, y muchachos muy tontos y malcriados, que, dice, con su tabaco, su sombrero y su grosería se hacen insoportables, y agrega, como meticulosa maestra de escuela que fue, que ello ocurre porque nadie se preocupa de enseñarles la buena crianza. ¿Por qué, se pregunta con imprudente lengua, se entretienen en escribir cosas inútiles, cuando hay tantos puntos tan precisos? Mas termina por disculparlos con la atenuante de que los de mayor edad que ellos no les dan ejemplo. No dejándome de alcanzar esa rápida flecha lanzada, desde el pretérito, por una blanca mano femenina.

Regocijadas fueron las Pascuas, cerca del abismo que se abría, con frescas zambullidas en el río de El Valle, continúa escribiendo, y bailes hasta las seis de la mañana, y no hay que decir sino que han estado a porfía los obsequios y comidas, lo que prueba, asegura entre escéptica y optimista, "que las cosas no van peor". Y bautizos, en que los chicos sacaron del bolsillo del padrino los medios que iba a repartir a las señoras. De política y negocios abundan en las epístolas de doña Manuelita sagaces juicios y noticias, como la de golpes atizados a un ciudadano notable, que no guardaba la compostura de la autoridad, cual, diserta nuestra venezolana-inglesa, corresponde a los jefes públicos; y de un cometa de funestos augurios, y del calumnioso cuento de la coronación de Bolívar, ya olvidado, "porque el pueblo se ocupa de muchas cosas a la vez" y entonces sobre todo de la crisis por la carestía de las vituallas y la especulación de las onzas que los comerciantes pagaban y recibían del Gobierno a dieciséis y entre ellos corrían a dieciocho. Que no hay en que no se meta, preciándose de bachillera. Y qué impaciencia por el regreso del Libertador, en Lima la bella, como el peregrino wagneriano en la gruta de Venus.

Al despertar de ese sueño, en el Elíseo tropical del Ávila, las evocaciones heroicas y los viejos murmullos de la seductora escena del rústico vergel, avivaron en mi subconsciencia la de la continuidad de nuestra raza, a través de tiempos y sucesos, y que en ocasiones aletargan espectáculos contemporáneos. Para volver los ojos al pasado, con despejada visual, preciso es sin duda un esfuerzo, pero que disminuye a medida que nos damos cuenta de que somos su continuación deslizada en el presente, con parecidos vicios y virtudes, congénitos o transmitidos por las generaciones. Como entiendo el lirismo de nuestros antepasados, si fuese arrasado por los acontecimientos y desapareciera sin dejar huellas, tendríamos que convencernos de que nuestras modalidades nacionales fenecen, en sus principales contornos psicológicos, para ceder nuestro territorio a una civilización extraña.

Y para que mi fantasía no se desvaneciera en desalentadora lontananza, de nuevo evoco las imágenes inmateriales, que el artista pintó con las pupilas iluminadas por la fe, mientras firmaban el Acta inicial de nuestra Independencia y en tanto la multitud, también sedienta de libertades, invade la Capilla religiosa donde se reunieron. Si utopía puede considerarse la Constitución que entonces nos destinaban, por inaplicable en las terribles circunstancias, tampoco lo fue, en aciagos y anárquicos días, la proyectada Bolivariana, con sus poderes vitalicios y centralizados, y así igualmente utópica, por no contar, para su legal efectividad, con el contingente de la opinión general, para algunos extraviada, más conservadora, a mi parecer, de las aspiraciones sentimentales de 1811. Y los hechos lo confirmaron con la disolución de la Gran Colombia y la congoja incomparable del Libertador al ser tenido ingratamente como autócrata.

Llamarles Quijotes, como a los autores de la rebelión de 1797 premonitora de nuestra Independencia, en afán de no caer en añagazas, es tal vez exponernos a ser descabalgados por gigantes que supusimos molinos de viento, al huir de las caballerescas alucinaciones del inmortal hidalgo manchego, a quien nuestro inmortal hidalgo venezolano, ya a las puertas del Misterio, se comparó.

Germinal en América

Con su cuerpo destrozado a la cola de la bestia, es cierto, pagó José María España sus "quimeras", y con su cabeza enclavada en el mismo sitio en que hoy se yergue la olímpica estatua de Bolívar, columna sustentadora de la República y que con su inmovilidad de bronce perpetúa su patética súplica a nuestra unión. Tronchado el cuello del mártir no pudieron decapitarse sus ideas, como efluvios semejantes a los que esparcen los árboles balsámicos heridos por el hacha; pues, y por sabido hartos se sabe, las ideas, cuando son de esa calidad, van acumulando sus fuerzas estupendas, hasta encarnarse en el Genio que hace posible lo que imposible parecía a los de flaca voluntad.

¿Qué nociones constitucionales aportaban a sus conciudadanos los líricos de 1797? Primero que todo un himno de ingenuidad conmovedora y una escarapela cuadricolor, alegórica de las estirpes y los mestizajes pobladores, blanca, azul, amarilla y encarnada.

A mi objeto no puedo desentenderme de ese programa, sea en forma muy sumaria a sus principales bases, aunque bien conocido de vosotros y de los estudiosos que frecuentan los archivos de vuestra Biblioteca y las obras, algunas monumentales, que narran las grandezas y pequeñeces de nuestra historia.

Si a la color de las epidermis y a su condición de esclavos, se quiere atribuir únicamente la rebelión coriana de 1795, que capitaneaba José Leonardo Chirinos, antes de la intentona afrancesada de Picornell, tal preocupación no podemos aplicar a José María España, señalado por sus perseguidores con signos de ojos azules, perfilada nariz, de modales cultos y ya a los cuarenta y cinco años, con la barba blanca y rala, al igual que el pelo. Gotas aborígenes o africanas sí debía de contener la sangre de su compañero Manuel Gual, a atenerse a las señales fisonómicas que de él dan las autoridades de la Capitanía, que no logró alcanzarlo en el destierro.

Las "Ordenanzas" de los conjurados principian, como de cristianos viejos, con la persignación y más adelante con la recomendación de respetar Templos e imágenes sagradas. Como Justicia Mayor de Macuto que fue su promotor sacrificado y desde cadete, capitán del batallón veterano de la Provincia de Caracas, dicta medidas militares rígidas para el adversario, pero "al que condescendiese en un todo con la determinación del pueblo se le considera salvoconducto para que se retire a los dominios del Rey de España".

Con severos castigos amenaza a los factores de robos y asesinatos y a los irrespetuosos del decoro de las mujeres. A las familias de los soldados y paisanos que perecieren en la lucha se les recompensaría en proporción de sus servicios, e inmortalizando sus nombres. Premiado sería el eclesiástico, seglar o regular que con sanas máximas cooperara a la defensa de los derechos populares.

En el ínterin de la pugna, establecen las "Ordenanzas", que no deben abandonarse las faenas del campo, quedando obligados los dueños de fundos agrícolas a pagar justos jornales a sus trabajadores, y ningún ciudadano podrá ser compelido a tomar las armas por la fuerza.

Declaran España y Gual libres la siembra y venta del tabaco y exonerado de todo impuesto el pan, el arroz, las frutas, verduras y cuanto es necesario para la alimentación. En cambio de mercancías importadas se darán las nuestras. El consumo y el comercio, promulgan las "Ordenanzas", debe ser "tan libre como el aire".

A todas las naciones del orbe se abren nuestros pueblos y radas, conservando la más exacta neutralidad con las Potencias beligerantes, y aún las embarcaciones de mercantes españoles que arribaran a nuestros puertos se las admitiría en un plazo de tres meses.

Del suelo patrio no se permitiría exportar oro ni plata alguno, y en dinero efectivo serían pagados los efectos de guerra suministrados por extranjeros.

A los más probos y desinteresados nativos de cada localidad correspondía constituir las Juntas Gubernativas, y ¡oh fraternal mensaje, que precede en algunos años a los de los libertadores!: "Entre todos los Abitantes habrá unión, constancia y fidelidad y todos formarán la firme resolución de morir primero que abandonar la Justicia de esta causa". Y también muchísimos años antes del Decreto de abolición de la esclavitud, como contraria a la humanidad, ya proclamaban aquellos líricos: "Se declara la igualdad natural entre todos los habitantes de las Provincias o Distritos y se encarga que entre Blancos, Indios, Pardos y Morenos reine la mayor armonía, mirándose como hermanos en Jesuchristo yguales por Dios, procurando aventajarse solo unos a otros en méritos y virtudes que son las únicas distinciones reales y verdaderas que hay de hombre a hombre y habrá en lo sucesivo entre todos los individuos de nuestra República".

¿No contienen esas palabras, de ilimitada significación, las esencias sentimentales que han inspirado a nuestros legisladores?

Descuella en ese Documento de inapreciable valor histórico y social, algo que no tuvo que esperar Conferencias continentales y que en la Venezuela de entonces, luego más

retirada dentro de sus fronteras, era un sentimiento general, especialmente en los cerebros ilustrados. No se dirigen España y Gual únicamente a sus compatriotas venezolanos sino que en nombre del pueblo americano a él invitan a confederarse bajo las mismas banderas. Y perduran esos sentimientos en la Constitución del año de 1811, como bajo la resplandeciente espada de Bolívar y en su genio de organizador.

Pentecostés Republicano.

La figura de Francisco de Miranda es el símbolo preminente de ese Congreso, constituido por patricios que, a mi parecer, no han sido superados por legisladores sucesivos. Tipo del perfecto lírico fue nuestro maravilloso caraqueño Don Francisco, y no sólo como Precursor de la Independencia sino por sus fervores artísticos y enciclopédicos y las inquietudes que repercuten en el testimonio de su vida cosmopolita. Su caso, tan trágico como el del Libertador, los hermana en la desgracia, si los separaron postulados sobre la estructura del Estado, la manera de fundar la República y consolidarla. Estelar es su amistad en el imperio del tiempo eterno y así los contemplamos en las constelaciones de nuestro cielo.

Son, a mi juicio, el Acta de nuestra Independencia, que debería ser constante evangelio escolar, y nuestra primera Constitución los puros manantiales, en cuyas venas secretas, cuando no convertidos por la afluencia de los raudales en soberanos Orinocos, abrevamos nuestra sed de ideales en los días de acedía y de aridez espiritual. Si con recogimiento las leemos y con emoción agradecida seguimos, en el diario de sus sesiones, el proceso de esa Carta Fundamental, nos despiertan sus enseñanzas a elevadas cimas, sobre la postración en que otras nos abaten. Ningún tónico mejor para el ánimo decaído.

Con sus casacas de terciopelo y de finos paños y sus vistosos uniformes, distantes de nosotros nos parecen esos varones, pero bien se adivina, por su mirar sencillo y la cordialidad de su presencia, que sus oídos siempre escuchan el corazón del pueblo. De Europa y de la América Inglesa conocían lo de más substancia y de la América Indo-Española, que para ellos era una más dilatada patria. Venían de sus villorrios, cuando no habitaban Caracas, como si llegaran de Oxford o de la Sorbona, o de la Salamanca, de la cátedra con ecos pacificadores del Padre Vitoria, y por sus latines, y escolásticas y por su ingenio de entendedores del hombre imperfecto, que se ejercita en curias y vecindades ignacianas. En su saber y reposo conciliaban aquellos próceres la universalidad con el amor a su región nativa; y, por mi parte, los alabo de que fueran verdaderos federalistas, de acuerdo con la fisonomía de su propio medio circundante, de antiquísimas tradiciones ibéricas, de cabildos, fueros, comunidades, y aún de primitivas agrupaciones indígenas, domeñadas, en cruentas guasábaras, por los arcabuces de la Conquista.

Agitaba sus deliberaciones constituyentes cierto aire girondino temeroso del cesarismo unitario y de los excesos de la centralización administrativa. Y como para que la dimensión de sus caracteres no achicara o aplastara demasiado a los de más reducida estatura, desemejándolos en absoluto, no les faltan por completo las conocidas cábalas para llegar a un fin premeditado, y en la ocasión altísimo, ni argumentos sutiles para soslayar escrúpulos, cual los que adujeron en la interpretación del mandato de los colegios electorales, de mantener la dinastía de Fernando VII. Que no se corta de repente el cordón umbilical que nos unía, durante trescientos años, a la madre colonizadora, sin que resten

residuos picarescos para sazonar altiveces individualistas, hábitos domésticos y otros rasgos indelebles de cepa y formación españolas.

En el pobre país de los quiméricos y revoltosos de Felipe V, sin las pompas arquitecturales y suntuarias de los virreinos americanos, bajo el puño armado de los Capitanes Generales, en el vasto silencio urbano y rural, las ideas de emancipación germinaron en cerebros privilegiados. En el Acta que firman nuestros próceres, el memorable 5 de julio, en un estilo de solemnes pausas, raro en el paroxismo de las revoluciones, exponen al mundo sus razones con la seguridad del que aduce ante su conciencia los motivos de una determinación trascendental. Así explican su actitud, a manera de alegato en un Congreso Internacional, desde los sucesos del auroral 19 de abril y su decisión de romper los vínculos que, por tres siglos, los ataban a los Gobiernos de la Metrópoli, "sordos, dicen, a nuestra moderación y desgracia" y declarando sus compañeros a "los que hubieran sufrido los mismos males del anterior orden".

Antes de sentarse a discutir su Constitución invocaban a Dios, porque su catolicismo disciplinario no aguardó la Encíclica Leonina para aceptar que la República no está reñida con el Sermón de la Montaña, ni posteriores rectificaciones comprensivas para convencerse de que no siempre es pecado el liberalismo.

Establecida en el Pacto Federal la división de los poderes, las autonomías provinciales, las prerrogativas de las Cámaras, las reglas para la elección de Diputados y Senadores, la Constitución pautaba las funciones Ejecutivas, por un triunvirato presidencial y tan débil que el Libertador, en Jamaica y Angostura, hubo de impugnarlas por las ineludibles urgencias de la acción fulminante, asumida íntegra en su mano vencedora. Y así fue acatada su conducción suprema por la casi totalidad de sus subalternos militares y políticos y por la de los pueblos por él libertados, hasta que rematada en Ayacucho la colosal empresa de la Independencia Americana, renacían los viejos ideales de 1811, en tumulto y con resentimientos que cuanto más largamente comprimidos más corrosivos de la salud pública, y que así comunicaron su virus a la disolución colombiana y a las guerras que anarquizaron y ensangrentaron el suelo patrio en un largo y confuso período de discordias.

Pero es en el capítulo de esa Constitución que registra la Soberanía del Pueblo, en el que hallo los principios que parecen biológicamente tradicionales en el nuestro: los derechos y deberes del ciudadano, que ninguna ulterior reforma ha intentado abolir en sus bases, que por algo son respetables. Libertad, igualdad, propiedad, seguridad, impedimentos para ser condenado sino después de haber sido previa y legalmente oído, y sin posibilidad de ser compelido a hacer "lo que la ley no prescribe. Inviolable el hogar, de irreprochable equidad los Tribunales, dignificada en todos sentidos la persona privada y pública. ¿Qué nación de esa época nos aventajaba en principios republicanos, fecundados por la tolerancia que, según el insuperado pensamiento de Goethe, sería ofensiva para el contrario si fuera otra cosa que el paso transitorio para el reconocimiento de un derecho legítimo?

Aceptación del "Lirismo".

Son aquellos principios normas de nuestra conducta, reglas didácticas de una ordenada evolución hacia su complemento objetivo, con vistas al devenir del progreso social y que, a mi entender, brotan de nuestra naturaleza orgánica, para fijar rumbos y no

como mero canto retórico de líricos, sin aplicación práctica, o como papeles sin valor moral. Ni siquiera el oportunista ostensiblemente se sitúa contra esos latentes anhelos, porque, en su habilidad, no ignora que para atraerse adeptos ha de prometerles lo que aspiran. Pensar que basta ser demagogo para obtener extendido y firme prestigio, es olvidar que la semilla no fructifica sino en terreno adecuado o preparado para recibirla y que no es excepcional que el grano sólo espere la lluvia para convertirse en espiga.

Por lo demás, en el plasma social, como en el humano, no es posible dividir lo indivisible, anota el sabio, puesto que todos los órganos colaboran a la vitalidad y armonía del conjunto, y de ese modo los líricos que nacen de la misma matriz nacional que sus aferrados antagonistas. La historia no podría así prescindir de ellos, puesto que, eficaz o nociva, es evidente su cooperación en los idearios que se contraponen. Sería mutilar la existencia real no tomarlos en consideración como si se tratara de flotantes nubes, y a veces cargadas de electricidad, sin contacto alguno con la masa planetaria. ¿Pero no se alimentan las nubes con aguas evaporadas de la capa terrestre, que luego fertilizan al devolvérselas en riegos cristalinos?

De "ideólogos" igualmente se tilda a los promotores de la rebelión de 1797 y a los federalistas de 1811, dando a ese término el despectivo sentido con que el humorismo imperial de Napoleón castigó a algunos de sus adversarios y sin cuidarse de que, en su exacta acepción, designa a los que estudian los procesos mentales, tal, como, en sus especialidades, el fisiólogo y el sociólogo, sin que la ciencia los relegue a un asilo de lunáticos o nefebilatas. Y un ideólogo de singular magnitud fue nuestro atormentado don Simón, como profundo analizador de las ideas de sus subordinados, contemporáneos y de su pueblo. Mas, aun aceptada la definición napoleónica, quizá no desprestigie radicalmente a los "ideístas", si se me permite este neologismo, porque ¿quién no lo fue alguna vez siquiera?, ¿quién no ideó lo que deseaba o pretendía realizable en sus actividades, y lo es muchas veces como, en la ideación extraordinaria del Libertador, nuestra Independencia? No para prescindir de costumbres establecidas sino para encauzarlas en la dirección que nos parece excelente, preformamos en nuestra inteligencia estructuras de la sociedad humana y sus reformas, aun cuando la naturaleza se oponga, si recordamos la dinámica exclamación bolivariana, y hasta, si es factible, verlas realizadas. Es lo que hacen los grandes innovadores, estadistas y legisladores, tal los de 1811, que si podan, con la idea motora, ramas carcomidas del árbol secular es para que retoñen con nueva savia, pues si la savia es vida integral del árbol sus floraciones se renuevan con las horas y las estaciones. El sarcasmo no puede destruir este hecho natural. ¿No vio el viajero frondosos pinares donde antes reinaban arenales inclementes y convertido en verde ropaje vegetal la idea del sembrador?

Y para no abusar más, con este resumen panorámico, de la paciente atención del honorable auditorio, al fin concluyo, para descanso vuestro.

Si es conservador el concepto pesimista de que "el hombre es malo" al decir de Max Scheler, al comienzo citado, no podríamos con justeza aplicar esta estrecha clasificación a aquellos nuestros próceres, inclinados más bien al concepto optimista de la tan discutida filosofía de Rousseau, acerca de la bondad original del hombre y así capaz de convivir con sus iguales bajo un contrato colectivo de benignas imposiciones. Lo que sí parece innegable es que grandes espacios de nuestra legislación mantienen los iniciales impulsos de simpatía humana que le imprimieron los fundadores de la República, como revelación de sentimientos que, en su fondo, subsisten al través de nuevos tiempos y costumbres y de adversos acontecimientos y doctrinas.

Teorías, hipótesis y hasta paradojas se han emitido, aquí y más allá, sobre el origen de esos sentimientos: para muchos, y de superior mentalidad, cuando no en posición cómoda de astutos misántropos, derivaciones de vaporosos sueños de infelices ilusos contaminados por modas exóticas e inadaptables, o de peligrosas imaginaciones de dialécticos trasnochados; para varios, determinados por nuestra situación geográfica, que en una encrucijada de pueblos y civilizaciones, capta sus influencias y contrastes asimilándose los en lento o apresurado ritmo; para otros, reflejos de ancestrales herencias de razas oprimidas, de atávicos dolores sitibundos de justicia social. Sea como fuere, son un hecho al que el historiador y el sociólogo no pueden dar la espalda, sin dejar en sombra un no corto trayecto de nuestros anales y sin explicación no pocas localizaciones espirituales de nuestra psiquis nacional.

Respetuoso llego pues a vuestro seminario académico para despojarme de errores, si lo son estas vagas opiniones que os anticipo, o si en ellas encontráis benévolamente una parcela de verdad, cultivarla con una aplicación de que carezco y bajo vuestra magistral dirección, con los estrictos métodos y compulsaciones documentarías, de rigor en este Instituto, asegurar mis convicciones acerca de la contribución de los llamados "líricos" al progreso político-social de Venezuela.